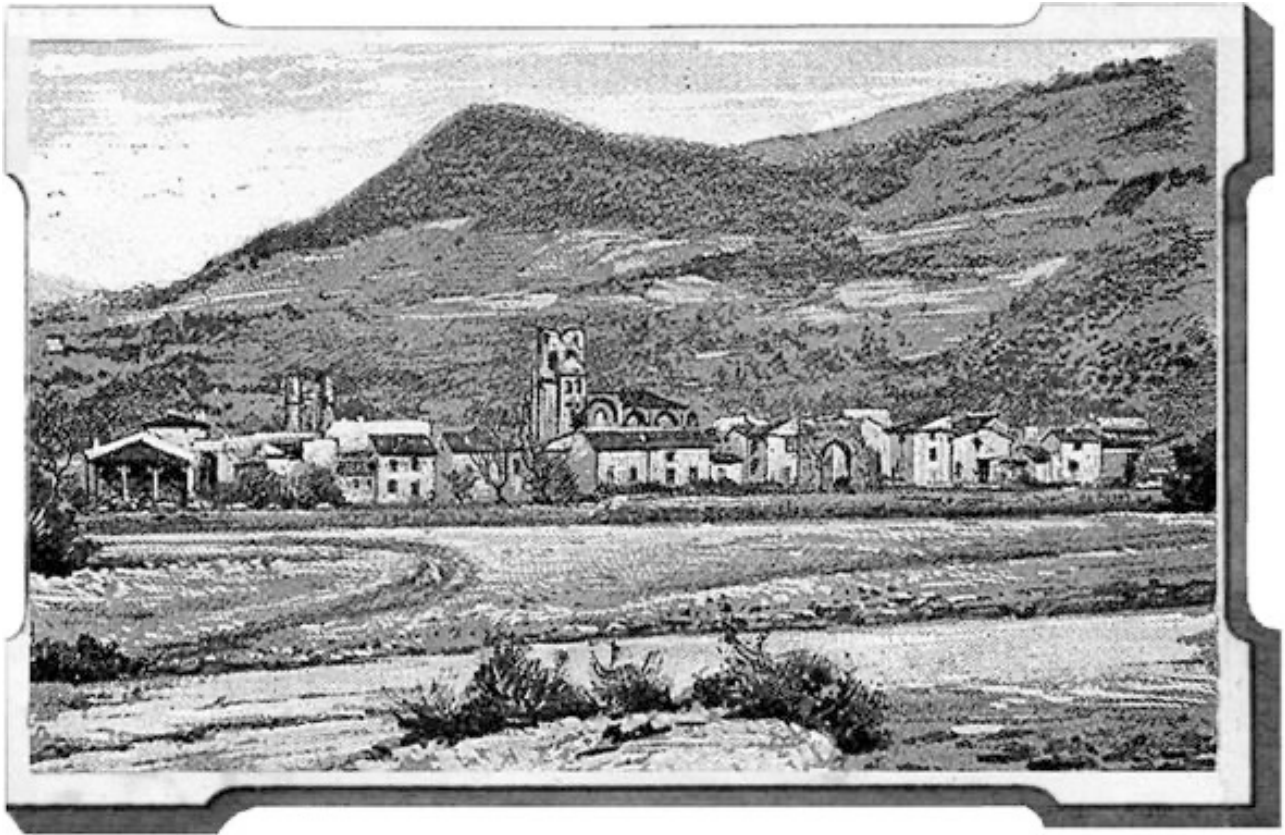


Me llamo Andrés Coindre

5. En el Seminario de Argentièrre.



Mis padres se beneficiaron de una reducción de la pensión: pagaban 200 francos al año en lugar de 330. En el seminario éramos 162 alumnos. En tercer grado, solo 19. La mayoría de ellos provenían de otros seminarios menores, mientras que yo venía de Lyon, donde había asistido a la Escuela Central.

Nuestro superior, el Padre Antoine Recorbet, y nuestros profesores, los Padres Rogolet, Savodier, Durand, Raymond, Brunel... se empeñaron en brindarnos una formación de calidad, conscientes de que mañana nos correspondería reconstruir la comunidad cristiana.

Los cursos seguían el plan de estudios de los jesuitas: *Religión, Francés, Latín, Griego, Literatura, Retórica, Filosofía, Historia con Mitología, Geografía, Aritmética y Artes*. El Latín ocupaba un lugar destacado en los programas de la universidad. El ejercicio fundamental de la clase era la explicación de los autores, hecha por los alumnos... (Mas, p. 8). Era mi ejercicio favorito, aquel en el que sobresalía y donde me hacía notar.

La declamación también era una materia importante: se exigía a los estudiantes que tan a menudo como fuera posible leyeran o recitaran de memoria fragmentos seleccionados del francés o del latín delante de sus compañeros de clase. La retórica, de acuerdo con la tradición clásica, era la culminación de todo el proceso, la meta de los estudios. Su objeto esencial es el arte de hablar para persuadir. El estudiante de retórica a tiene que ejercitarse en exponer los temas oralmente, bien de

forma improvisada o bien después de una breve preparación. (Mas, p. 19) Era una excelente iniciación para el arte de la oratoria sagrada en la que me distinguiría más adelante.

Fue aquí, en el seminario de Argentièrre, lo que hoy podríamos llamar un seminario menor, donde inicié y completé mis primeros estudios sin mayores dificultades.

Mi personalidad se afirmaba y mi inteligencia se fortalecían. Así lo demuestran las notas que aparecen junto a mi nombre:

“Estudiante piadoso, aplicado; buena conducta, éxitos muy satisfactorios” (1804-1805).

«Un poco hablador y frívolo, pero de buen corazón, puntual en todos sus deberes». (1805-1806).

“Un poco susceptible, pero muy franco”. “Piadoso, edificante”. (1806-1807)

(F. Jean Roure, pág. 25)

Estas anotaciones en los registros no engañan: el yo con el que iba a vivir ya estaba ahí.

Nota.

El 23 de agosto de 1804, el Cardenal escribe al Padre Jauffret: *Me entero con placer de que la adquisición de Argentièrre se ha completado; se trata únicamente de establecer allí buenos maestros que hagan florecer la piedad y los estudios.* (Cf. F. Marius Drevet, p. 264)